



CAPÍTULO VIII.

HORRORÓSOS PADECIMIENTOS DE LOS SITIADOS.—ESPÍRITU DE CUAUHEMOTZIN.—MORTÍFEROS ATAQUES.—APREHENSION DE CUAUHEMOTZIN.—EVACUACION DE LA CIUDAD.—TERMINACION DEL SITIO.—REFLESIONES.

(1521.)

No habia necesidad de apelar á recursos artificiales para conseguir la destruccion de los aztecas; porque ésta todos los dias se aceleraba á virtud de causas mas eficaces que las que podian provenir de la intervencion de los hombres.

Hombres y mugeres, nobles y plebeyos, ancianos y niños, todos estaban confundidos en las casas y las mas veces en los establos de aquel barrio, que no era el mejor de la ciudad: otros habitaban en canoas descubiertas ó en las calles, espuestos al calor del dia y al frio de la noche. <sup>1</sup> Un antiguo cronista refiere que tres mugeres de calidad permanecieron tres dias con el agua hasta el cuello, y sin mas alimento que un puñado de maiz. <sup>2</sup> Los víveres habian agotádose hacia mucho tiempo; con lo que las gentes buscaban con ansia alguna cosa por asquerosa que fuese, con que mitigar el hambre que las devoraba. Algunos acechaban los insectos y gusanos de la superficie de la laguna, ó recogian las yerbas saladas y el musgó que nacia á sus orillas,

<sup>1</sup> Estaban los tristes mexicanos, hombres y mugeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho, y apretados los unos con los otros, y con grandisima falta de bastimentos y al calor del sol y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 39.

<sup>2</sup> Torquemada supo la anécdota por boca de un sobrino de una de las indias mas viejas, y el cual tambien era ya hombre muy viejo. Monarq. Ind., lib. 4, cap. 102.

y de vez en cuando echaban una mirada de envidia hácia los verdes collados de mas allá de las aguas, á los que habian dejado por venir á participar de la suerte de sus hermanos de la capital.

Los españoles hacen á los sitiados la honra de decir que á pesar de su angustiada situacion, no violaron las leyes de la naturaleza comiéndose los unos á los otros; <sup>3</sup> pero desgraciadamente esto lo contradicen los historiadores indios, quienes afirman que las madres devoraban en su agonía, á unos hijos que no tenian medios de alimentar. Este hecho ha pasado en mas de un sitio, y en el presente caso es mas probable, porque la familiaridad con las crueles ceremonias de la religion, debe haber embotado en los indios la sensibilidad. <sup>4</sup>

Pero todo esto no era suficiente, y todos los dias morian centenares, miseras víctimas del hambre. Algunos iban arrastrándose á ecshalar un último suspiro dentro de una casa: otros quedaban muertos en las calles públicas. Donde morian, fuera donde fuese, allí quedaba su cadáver, sin que nadie le diese sepultura, ni lo removiese. Al último, la costumbre de presenciarse aquel espectáculo, hizo que se le viese con indiferencia. Cada cual esperaba en muda desesperacion que se le llegase su vez: no habia ni quejas ni lamentos: no habia mas que un tormento horrible, imponderable.

Si bien en algunas calles estaban diseminados los cadáveres, en otras estaban amontonados en tanto número que Bernal Diaz decia que solo se podia andar por entre cuerpos muertos. <sup>5</sup> El conquistador dice con mas energía: "un hombre no

<sup>3</sup> *Ibid, ubi supra.* Bernal Diaz, cap. 156.

<sup>4</sup> "De los niños no quedó nadie, que los mismos padres y madres los comian, que era gran lástima de ver y mayormente de sufrir. (Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 39.) El historiador recogió sus noticias de boca de los mismos sitiados, poco tiempo despues de los sucesos. Recuérdanse las terribles profecías de Moisés: "La muger tierna y delicada que no sabia dar un paso ni asentar la planta del pié sobre la tierra por su demasiada sensibilidad y delicadeza, no querrá dar á su mismo amado esposo parte de las carnes del hijo y de la hija.... ni del niño que ha nacido en aquel mismo punto, porque se comerán todo esto á escondidas, por falta de toda otra cosa con que resistir á una hambre tan cruel durante el cerco y devastacion con que te apurará tu enemigo dentro de tus ciudades." Deuteronomio, cap. 28, vs. 56 y 57.

<sup>5</sup> "No podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos." Hist. de la Conq., cap. 156.

tenia donde estar sino sobre los cuerpos de los suyos.”<sup>6</sup> Todos estaban confundidos, muertos y vivos: estos se acostaban á dormir y á morir tambien, al lado del cuerpo de sus amigos: todo era muerte: la ciudad se habia convertido en cementerio donde todo camina á su ruina y descomposicion. La putrefaccion acelerada por las lluvias y el calor, produjo miasmas pútridos que infestaron de tal modo toda la atmósfera, que todos los españoles, incluso el general, se enfermaron solo de pasar por los barrios, y de aquí se originó una peste que hizo mas estragos que la hambre misma.<sup>7</sup>

Las gentes quedaron sobrecogidas de miedo á la vista de tamaños horrores. Recurrieron á todas las ceremonias que su religion supersticiosa prescribia para el caso de peste: rogaron á los sacerdotes que invocasen en su ayuda á los dioses; pero los oráculos permanecieron mudos ó dieron solamente siniestras respuestas. Los dioses les habian abandonado, y en su lugar solo veian los signos de la ira celestial que les prometia aun mayores daños. Despues del sitio declararon muchos haber visto en el cielo una faja de luz de color de sangre que iba del Norte en direccion al Tepejajac, y acompañada de un gran ruido semejante al de un huracán, cuya luz giró en torno del barrio de Tlatilolco, despidiendo chispas, y despues se precipitó y desapareció en el centro del lago.<sup>8</sup> En aquel estado de perturbacion mental, se apoderó de sus sentidos un miedo misterioso. Acaecian prodigios frecuentemente, porque aun los simples fenómenos de la naturaleza eran tenidos por prodigios.<sup>9</sup> Agobiados por las calamidades, su razon se extravió

<sup>6</sup> “No tenian donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos.” *Relac. Terc.* pág. 289.

<sup>7</sup> Bernal Diaz, *ubi supra*. Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 2, cap. 8. Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 41. Gonzalo de Las-Casas, *Defensa*, MS.

<sup>8</sup> “Un torbellino de fuego como sangre envuelto en brasas y centellas que partian de hácia Tepeacac (que es donde está ahora Santa María de Guadalupe) y fué haciendo gran ruido hácia donde estaban acorralados los mexicanos y tlatilolcanos; y dió una vuelta por enrededor de ellos, y no dicen si los empeció luego, sino que habiendo dado aquella vuelta se entró por la laguna adelante, y allí desapareció.” Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 40.

<sup>9</sup> El filósofo historiador romano, dice: “*inclinatis ad credendum animis, loco omnium, etiam fortuita.*” Tacit., *Hist.*, lib. 2, sec. 1.

y fueron el juguete de las mas estrañas y supersticiosas visiones.

En medio de aquellas escenas espantosas, permanecia el jóven monarca de los aztecas, segun confesion unánime de cuantos le vieron, impasible y valeroso. Su hermosa capital estaba ante sus ojos reducida á escombros; sus nobles y fieles vasallos perécian á su lado; sus dominios se perdian palmo á palmo, hasta llegar el caso de no tener mas que el necesario para estar de pié; pero rechazó todas las propuestas de rendicion, y su espíritu permaneció tan indómito como al principio del sitio. Una vez que Cortés creyendo que padecimientos tan espantosos los inclinarian á recibir bien propuestas de paz, se las hizo mediante un noble prisionero; pero el feroz monarca mandó que el embajador fuese al punto sacrificado. Recuérdese, sin embargo, que es español el que refiere la historia.<sup>10</sup>

Cortés que por varios dias habia suspendido las hostilidades con la esperanza de que los trabajos obligarian á los mexicanos á someterse, resolvió viendo que sus esperanzas eran vanas, dar un asalto general á la ciudad; cosa que no era difícil, atendiendo á que estaban encerrados en un reducido barrio. Dió, pues, órdenes á Alvarado de que se aprestase para el ataque, mandó á Sandoval (quien ademas del de su division tenia el mando de la flota anclada frente al barrio de Tlatilolco) que ayudase el ataque batiendo con la artillería las casas inmediatas. Hecho esto dirigió sus tropas á la ciudad, ó mejor dicho á las horribles ruinas que la rodeaban.

Al penetrar en los recintos indios le salieron al encuentro varios magnates consumidos y macilentos que tendiendo hácia él los brazos, exclamaron: sois los hijos del sol; pero el sol completa brevemente su carrera, ¿por qué sois vosotros tan tardíos? ¿por qué vais tan despacio en poner término á nuestras miserias? Mejor matadnos de una vez, que así iremos luego adonde está nuestro Dios Huitzilopochtli que nos espera

<sup>10</sup> “Y como le llevaron delante de Cuauhtemotzin su señor y él le comenzó á hablar sobre la paz, dízque luego le mandó matar y sacrificar.” *Relac. Terc. en Lorenzana*, pág. 293.

en el cielo para recompensarnos de nuestros padecimientos.”<sup>11</sup>

Cortés conmovido por esta lastimera alocucion les respondió, que no deseaba la muerte sino la sumision de los aztecas. “¿Por qué vuestro monarca,” les dijo, “se rehusa á tratar conmigo, si sabe que una sola hora me basta para destruirle á él y á todo su pueblo?” Instó para que suplicasen á Cuauhtemotzin que conferenciase con él, entendido de que estaria seguro y nadie lo dañaria.

Los nobles despues de resistirse un tanto, aceptaron la comision, la que oyó el monarca de una manera que si es cierto lo que cuentan, prueba que los trabajos habian domellado algo su carácter bruto. Consintió en la entrevista, la cual debia verificarse, no ese dia sino el siguiente, en la plaza mayor de Tlatilolco. Cortés plenamente satisfecho de este resultado salió inmediatamente de la ciudad y se volvió á la calzada.

A la mañana siguiente se encaminó al sitio señalado despues de mandar á él á Alvarado con un cuerpo de infantería, para evitar cualquiera traicion. La plataforma del centro de la plaza fué cubierta de esteras y alfombras y se dispuso un banquete para obsequiar al necesitado monarca. Despues de hechos estos preparativos, se puso Cortés á aguardar que llegase la hora de la entrevista.

Pero Cuauhtemotzin en vez de venir personalmente, envió á los mismos nobles que le habian llevado la embajada, escusándose de concurrir, á pretexto de enfermedad. No obstante que Cortés se desagradó mucho, recibió á los nobles con afabilidad y cortesía, por considerarlos un buen medio de comunicacion con el emperador. Invitóles y ellos accedieron sin mucha resistencia, á sentarse á la mesa, cuyos manjares devoraron con tal avidez que probaba cuán cruda habia sido su abstinencia.

<sup>11</sup> “Que pues ellos me tenían por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era un dia y una noche, daba vuelta á todo el mundo, que por qué así yo brevemente no los acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseo de morir y irse al cielo para sus Ochilobus (Huiztilopochtli) que los estaba esperando para descansar.” *Ibid.*, pág. 292.

En seguida los despidió dándoles abundante provision de víveres para que los llevasen á su señor, á quien instaba para que se prestase á una entrevista por ser el único medio de entrar en avenimiento.

Los embajadores aztecas volvieron á poco rato trayendo un regalo de finas telas de algodón de poco valor; pero Cuauhtemotzin volvió á rehusarse á la entrevista. Cortés aunque vivamente disgustado no quiso darlo á entender, y dijo á los embajadores: “Él vendrá ciertamente cuando vea que os he permitido volveros ilesos, á vosotros que habeis sido como él mis implacables enemigos en la guerra: decidle que de mí nada tiene que temer.” Fué de allí al mismo tiempo que ellos, prometiendo volver al dia siguiente á saber la respuesta.<sup>12</sup>

A la mañana siguiente entraron los magnates aztecas en el campo cristiano y anunciaron á Cortés que al medio dia conferenciaria con él Cuauhtemotzin, en la plaza del mercado. El general asistió á la cita con toda puntualidad, pero inútilmente, pues ni el monarca ni los nobles concurren. Era claro que el azteca no confió en las promesas de sus enemigos: seguramente la sombra de Moteuczóma se presentó á su imaginacion. El general despues de esperar durante tres horas perdió la paciencia, y sabiendo que los indios se preparaban á la defensa, determinó emprender el asalto inmediatamente.<sup>13</sup>

Los confederados habian quedado fuera de murallas, porque no habia querido traerles á la vista de la caza, antes de poder soltar la liebre. Pero ahora dió orden de que se le reuniesen, y juntamente con ellos y con la division de Alvarado penetró en los cuarteles de los indios. Encontróles aparejados á la resis-

<sup>12</sup> “Y yo les torné á repetir que no sabia la causa por qué él se recelaba venir ante mí, pues veía que si ellos que yo sabia que habian sido los causadores principales de la guerra y que la habian sustentado les hacia buen tratamiento; que los dejaba ir y venir seguramente, sin recibir enojo alguno; que les rogaba que le tornasen á hablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues á él le convenia y yo lo hacia por su provecho.” *Relac. Terc. en Lorenzana*, págs. 294, 295.

<sup>13</sup> Las pruebas de que Cortés procuró siempre reducir á los aztecas á que oyesen pláticas de paz, son inequívocas. Véase ademas de su carta mencionada, á: *Herrera, Hist. General*, lib. 2, cap. 67. *Torquemada, Monarqu. Ind.*, lib. 4, cap. 100. *Ixtlixochitl, Venida de los españoles*, págs. 44, 48. *Oviedo, Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, caps. 29, 30.

tencia: los mas hábiles y veteranos guerreros formaban la vanguardia y protegían á sus débiles é inermes camaradas. A veces se veían mugeres confundidas entre las filas con los soldados, y en las azoteas revueltas con niños, manifestando en su rostro desfigurado por el hambre y en sus miradas torbas, el odio y el rencor que las animaba contra los invasores.

Conforme avanzaban los españoles, los mexicanos arrojaban un grito de guerra y enviaban nubes de saetas, al paso que las mugeres y niños dejaban caer de las azoteas, una lluvia de piedras y dardos. Pero las manos que arrojaban aquellos proyectiles eran demasiado débiles para que pudiesen causar gran daño, y cuando apretaban los escuadrones, era aun mas palpable la flaqueza de los aztecas. Sus golpes eran inciertos y débiles, aunque algunos, sea por la robustez de su constitucion, sea porque la desesperacion les hacia cobrar nuevas fuerzas, luchaban desesperadamente hasta el último suspiro.

Los arcabuceros rompieron un fuego mortífero, y los bergantines apretaban igualmente por el otro lado, por manera que los sitiados se encontraron en la situacion del ciervo perseguido de los cazadores por todas partes.

La carnicería fué horrible: el suelo estaba cubierto de muertos hasta llegar el caso de que los frenéticos combatientes tuviesen que subirse por sobre los montones de cadáveres, para poder pelear. El suelo estaba anegado en sangre, que corria como agua y que teñía de rojo hasta los canales mismos.<sup>14</sup> Todo era estrépito y horrible confusion. Los horrorosos ahullidos de los indios, los juramentos y maldiciones de los cristianos, los quejidos de los heridos, los lamentos de las mugeres, los lloros de los niños, los rudos golpes de los conquistadores, el estertor de los agonizantes, el rápido y resonante fragor de los mosquetes, el silbo de las saetas, el rechinido y sordo ruido de los incendiados techos que se desplomaban, las densas nubes y columnas de polvo y de humo que envolvían á la ciudad en tétrica oscuridad; todo este conjunto formaba una escena espantable que aterró hasta el animoso corazón de los conquis-

14 "Corrian arroyos de sangre por las calles como pueden correr de agua cuando lueve y con ímpetu y fuerza." *Tonquemada, Monarqu. Ind., lib. 4, cap. 103.*

tadores, habituados á los duros trances de la guerra y á los horrores de la sangre y de la muerte. "Sobre todo," dice el general, "los lamentos y lloros de las mugeres y de los niños partían el corazón."<sup>15</sup> Mandó que se les respetase y que se le diese cuartel á todo el que lo pidiese: lo encargó así muy particularmente á los aliados, y puso entre ellos castellanos que les estorbasen entregarse á actos de cruel barbarie.<sup>16</sup>

Pero habia puesto en movimiento una máquina imposible de retener: tan fácil era contener un huracan en su curso, como las pasiones de una horda furiosa de salvages. "Jamás he visto gente mas desapiadada ni hombres tan crueles como estos."<sup>17</sup> No hacían distincion de edades ni sexos, y parece que á la hora de la venganza quisieran haber á las manos á las generaciones de todo un siglo para acabarlas. Por fin cansados de matanza mandó tocar retirada el general; y ciertamente que ya era tiempo de hacerlo, si acaso es cierto (y ojalá fuese una escageracion) que habian perecido cuarenta mil almas.<sup>18</sup> Pero con todo, su suerte era preferible á la de aquellos que les sobrevivieron.

Durante toda la noche no se percibió movimiento alguno en los cuarteles aztecas; no ardia ninguna luz: no se oía ningún sonido, escepto los ayes de los heridos ó el estertor de los agonizantes. Todo era oscuridad y silencio, la oscuridad y el silencio de la tumba.

El último golpe parece que los habia agobiado completamente. Ellos habian salido con esperanza y poseidos de esa

15 "Era tanta la grito y lloro de los niños y mugeres que no habia persona á quien no quebrantase el corazón." (*Relac. Terc., pág. 296.*) *Eran una raza feroz y implacable, esclama el comentador en un caritativo comentario. Gens durac cervicis: gens absque concilio.* Nota.

16 "Como la gente de la cibdad se salía á los nuestros, habia proveido el general que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar á los amigos que no matasen aquellos tristes que eran sin número. E tambien dijo á los amigos capitanes que no sintiesen á su gente que matasen á ninguno de los que salían." *Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 30.*

17 "La cual crueldad nunca en generacion tan recia se vió, ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los naturales de estas partes." *Relac. Terc. de Cortés, en Lorenzana, pág. 296.*

18 *Ibid, ubi supra.* *Ixtlilxochitl, dice que 50,000 fueron muertos y hechos prisioneros en esta espantosa carnicería.* *Venida de los españoles, pág. 48.*

tremenda desesperacion, del que aguarda en silencio el hacha del verdugo. Sin embargo, no por esto se mostraron dispuestos á rendirse: parece que cada nuevo daño los heria mas profundamente y concentraba el ódio de muerte que tenian á sus enemigos. La fortuna, los amigos, los parientes, la patria, todo lo habian perdido, ¿qué les importaba perder la vida misma, si ésta de nada les servia?

Muy diferente era la escena en el campo de los castellanos, que engreidos con los últimos triunfos se preparaban con alaraca y alborozo á la llegada del siguiente dia. Pusieron hogueras á lo largo de las calzadas: iluminaron las tiendas de campaña, y los sones de músicas y cantos se dilataban por las aguas pregonando el regocijo que experimentaban los castellanos al ver próximo el término de su fatigosa campaña.

A la mañana siguiente resolvió el general reunir otra vez sus tropas y comenzar el asalto nuevamente, para que los enemigos no tuviesen tiempo de rehacerse y la guerra terminase de un golpe. Habia arreglado con Alvarado la noche anterior, que este oficial ocuparia la plaza del mercado de Tlatilolco y que una descarga de arcabucería serviria de señal para emprender el asalto general. Sandoval debia emposesionarse de la calzada del Norte y con la flota velar sobre el monarca indio, no fuera á ser que se escapase por allí, como Cortés creyó que meditaba hacerlo. Permitir que se efectuase este plan era dejar inmediato un formidable enemigo y esponerse á ver revivida la llama de la insurreccion en toda la tierra. Sin embargo, dió órdenes á Sandoval de no tocar á la persona del monarca y de no hostilizar al enemigo, sino en rigorosa defensa.<sup>19</sup>

El memorable 13 de Agosto, dia de San Hipólito que por esta razon fué escogido para Santo patrono de la moderna México, fué cuando Cortés condujo por última vez sus huestes vencedoras al traves de las negras y devastadas llanuras que rodeaban á la ciudad india. Al entrar en el recinto de ella, hizo alto deseando ofrecer á sus moradores otra nueva espe-

<sup>19</sup> "Adonde estaban retraidos el referido Cuauhtemotzin con toda la flor de sus capitanes y personas mas nobles que en México habia, y mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra y que aunque se la diesen, que solamente se defendiese." Bernal Diaz, cap. 156.

ranza de salvacion, antes de descargar sobre ellos el fatal golpe. Logró conferenciar con algunos magnates á los cuales interrogó acerca de la disposicion en que se encontraba el príncipe. "Seguramente no querrá que perezcais todos vosotros cuando le es tan fácil salvaros." Despues de decirles esto les instó para que persuadiesen á Cuauhtemotzin á que tuviese una conferencia con él, renovándole todas las ofertas que antes habia hecho, de que se respetaria su seguridad personal.

Partieron los embajadores y á poco rato volvieron precedidos del *cihuacoatl*, magistado de suma autoridad entre los mexicanos. Dijo con semblante melancólico y en el cual se traslucía su desagrado, que Cuauhtemotzin estaba resuelto á perecer donde estaba, mas bien que entrar en pláticas con el general español; añadiendo en tono de resignacion: "podeis hacerlo que querais."—A esto replicó el inflexible general: "preparad á la muerte á vuestros compatriotas y decidles que su hora postrera ha llegado."<sup>20</sup>

Sin embargo, demoró todavía el asalto por algunas horas; pero la impaciencia de sus tropas subió de punto al oír que Cuauhtemotzin y los suyos estaban preparándose para huir en piraguas aparejadas al efecto á orillas del lago. Convencido Cortés de lo infructuoso é impolítico de toda nueva dilacion, dió sus órdenes para el asalto y él se situó en una azotea que dominaba completamente al teatro de las operaciones.

Cuando los blancos llegaron á la presencia del enemigo, le encontraron envuelto en el mayor desórden: confundidos los de todas edades y secos y formando masas tan densas que casi se empujaban los unos á los otros en las orillas de la calzada, para arrojarse al agua. Algunos se habian subido á las azoteas: otros se guarecian débilmente tras las paredes de las casas. Sus sucios y desgarrados vestidos aumentaban lo grotesco de sus figuras y daban realce á la ferocidad de su semblante: parece que al contemplar al enemigo se mezclaba en

<sup>20</sup> "Y al fin me dijo que en ninguna manera el señor venia ante mí; y antes queria por allá morir y que á él pesaba mucho de esto, que hiciese yo lo que quisiese, y como ví en esto su determinacion, yo le dije: que se volviese á los suyos, y que él y ellos se aparejasen, porque los queria combatir y acabar de matar, y así se fué." Relac. Terc. página 298.

sus miradas el odio con la mas acerba desesperacion. Luego que los blancos estuvieron á tiro, les arrojaron los indios una nube de impotentes proyectiles que probaba que si habian perdido la fuerza, aun conservaban la resolucion de sus mejores dias. Dióse la fatal señal de combate que era una descarga de arcabucería: siguióle el estallido de los cañones y el fragor de las demas armas de fuego y los penetrantes ahullidos que lanzaban los confederados al abalanzarse sobre sus víctimas. No hay para que manchar nuestras páginas con la nueva descripcion de los horrores del dia anterior. Algunos de los aztecas se echaron al agua y fueron cogidos por las canoas: otros se fueron á fondo y se ahogaron en las acequias; llegando á tanto el número de éstos que sus cuerpos muertos llegaron á formar un puente por sobre el cual pasaron los castellanos á la orilla opuesta. Otros finalmente, imploraban piedad, la cual segun nos refieren los historiadores, les era otorgada constantemente por los españoles, y constantemente rehusada por los aliados.<sup>21</sup>

Mientras se consumaba esta matanza se observó que gran número de indios se embarcaban en las piraguas y se internaban á toda priesa en la laguna; pero los detenian los bergantines que rompian por entre las nubes de canoas, las cuales arremetieron sobre aquellos por derecha é izquierda, luego que las tripulaciones intentaron asaltarles atrevidamente. El combate se trabó en el agua con tanto furor como en tierra: multitud de piraguas fueron echadas á pique; pero otras aunque muy pocas lograron escaparse favorecidas por la oscuridad del humo que era muy densa, y llegar hasta la orilla opuesta.

Sandoval habia reencargado mucho que se tuviese gran cuidado con cualquiera canoa en que hubiese sospecha de que iba Cuauhtemotzin. En lo mas reñido de la refriega se descubrieron tres ó cuatro piraguas de las mas grandes, que se deslizaban rápidamente por la laguna. Un capitán llamado García Holguin que mandaba uno de los bergantines mas veleros, se puso al momento á darle caza. Favorecíale el viento y á ca-

<sup>21</sup> Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 30. *Ixtlilxochitl, Venida de los españoles*, pág. 48. Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 2, cap. 7. *Relac. Terc.*, pág. 297. Gomara, *Crónica*, cap. 142.

da instante se acercaba mas á los fugitivos que movian sus remos con vigor tal que solo la desesperacion podia dárselos. Pero fueron en vano todos estos esfuerzos, porque despues de una breve persecucion, se emparejó Holguin con las canoas en las que conjeturó que iba el emperador, fuese que así lo conoció por la apariencia de la canoa, fuese que lo sabia por alguna denuncia. Luego que estuvo cerca mandó á sus soldados que apuntasen con las ballestas al bote; pero antes de que las disparasen se oyó un grito de que allí iba el emperador. Al instante se apareció en ademan de luchar con los blancos, un jóven guerrero armado de su escudo y de una macana. Pero como vió que el capitán español dió orden á los suyos de no disparar, bajó él sus armas y exclamó: “yo soy Cuauhtemotzin: llevadme á Malintzin: soy prisionero; pero no toqueis ni á mi muger ni á nadie de los que me acompañan.”<sup>22</sup>

Holguin le aseguró que sus deseos serian obsequiados, y le ayudó á pasar á bordo del bergantin, seguido de su muger y acompañantes. Eran éstos en número de veinte, entre ellos, Coanaco el depuesto señor de Tetzcoco, el de Tlacopan y algunos otros personajes que seguramente por su dignidad no habian padecido todas las calamidades del cerco. Luego que los cautivos estuvieron sentados á cubierta del bergantin, suplicó Holguin al comandante azteca que pusiese término al combate mandando á las gentes de las otras canoas que se rindiesen; pero con aire de despecho replicó él: “no es necesario: ellos dejarán de combatir luego que sepan que su príncipe está prisionero.” Así era la verdad: la noticia de la aprehension de Cuauhtemotzin, cundió rápidamente á los que en agua y en tierra disputaban todavía con los blancos. El combate terminó al punto: ya no opusieron mas resistencia, y las canoas en

<sup>22</sup> *Ixtlilxochitl, Venida de los españoles*, pág. 49.

“No me tiren que yo soy el Rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues á mi muger ni á mis hijos, ni á ninguna muger ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malintzin.” (Bernal Diaz, cap. 156.) M. Humboldt ha emprendido un gran trabajo por identificar el lugar de la prision de Cuauhtemotzin, el cual lugar está hoy reducido á tierra firme, y considera que se encuentra situado entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago, y el puente de Amazac.” *Ensayo político*, tomo II, pág. 176.